

STRUAN MURRAY

ELLIE LANCASTER

y el misterio del Enemigo



DESTINO

STRUAN MURRAY

ELLIE LANCASTER

y el misterio del Enemigo

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Orphans of the Tide*
© del texto: Struan Murray, 2020
© de la traducción: Isabel Murillo, 2021
Ilustración de la cubierta: Mercedes Palacios
Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd, Londres

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-08-24573-5
Depósito legal: B. 11.315-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La última canción

La Ciudad estaba construida sobre una montaña escarpada que sobresalía de forma inesperada del mar, y el mar no parecía dispuesto a rendirse en su afán por recuperarla. Cuando subía la marea, las calles inferiores de la Ciudad quedaban engullidas por las aguas. Cuando la marea bajaba, volvía a escupirlas, aunque dejando su huella: mejillones aferrados a los alféizares de las ventanas, peces sacudiéndose sobre los adoquines. Y aquella mañana gris, cuando se retiró la marea, apareció una ballena en el tejado de una casa.

La muchedumbre que se congregó rápidamente en el rompeolas quedó boquiabierta al verla.

—¡Es un presagio nefasto! —proclamó el viejo sacerdote, soltando una nube de vaho al hablar.

—Esto no es obra del Enemigo —dijo resoplando un marinero—. Se habrá quedado encallada durante la marea alta.

—Está muerta —aseguró un comerciante—. ¿Pensáis que podríamos venderla como carne?

La ballena estaba tumbada sobre su panza y ocupaba la totalidad del tejado, de un extremo al otro. Se había quedado varada en la Capilla de San Bartolomé, cuyo tejado asomaba por encima de las olas en marea baja. Sus cuatro esquinas estaban rematadas mediante gárgolas de piedra, y dos de ellas atravesaban la piel de la ballena. Las gaviotas hambrientas sobrevolaban por encima de ella, emitiendo estridentes chillidos.

La multitud estaba tan ensimismada que nadie se dio cuenta de la llegada de la chica. Tenía los ojos cansados y el pelo rubio, aunque sucio y enmarañado después de una noche de sueño desigual. Se asomó por encima del muro del rompeolas y se mordió el labio, pensativa.

—Es demasiado grande para estar fuera del agua —dijo, hablando más para sus adentros que para los demás—. Se le aplastarán los pulmones ahí tumbada.

Horrorizado, el niño menudo y con ojos grandes que estaba a su lado levantó la cabeza para mirarla. Se acurrucó contra su madre y observó con precaución a la chica. Estaba muy blanca, tenía tres arañazos rojos en la mejilla y olía como a petardos. Y lo que es peor, iba vestida como un hombre, y poco respetable además. Llevaba al cuello un pañuelo deshilachado de color granate y se cubría con un abrigo largo con capucha confeccionado con retales de paño raído y pedazos de piel de foca gris.

—¿Qui-quié eres? —pregunto el niño atemorizado y con voz temblorosa.

—Me llamo Ellie —respondió distraída la chica mientras hurgaba en el interior de los bolsillos del abrigo. Sacó de ellos una lupa, una cebolla y, finalmente, un cortaplumas con la hoja afiladísima.

El niño se agarró a la mano de su madre.

—Si no abrimos pronto la ballena —dijo, mostrando la navaja—, acabará explotando.

El niño rompió a llorar.

—¡Ojo con lo que dices, chica! —la reprendió la madre.

—¡Lo digo en serio, la ballena estallará! —insistió Ellie, levantando los brazos—. Las ballenas muertas se pudren rápidamente. La acumulación de gas en su interior puede resultar peligrosa.

La madre volvió la cabeza y se tapó la boca con el dorso de la mano.

—¡Lo sé a ciencia cierta! —dijo Ellie—. Las tripas saldrán volando por todas partes. ¡Y el olor será insoportable! Aunque... —añadió, mirando el cortaplumas—. Pensándolo bien...

Ellie se volvió hacia la chica que estaba a su lado. Parecía de su misma edad, doce o trece años, con una maraña de cabello pelirrojo rizado. Llevaba un jersey de lana de color azul que le quedaba enorme, voluminosas botas negras y tenía cara de aburrimiento.

—Anna, necesito que vuelvas rápidamente al taller y me traigas el desollador —pidió Ellie.

—¿Qué es el desollador? —preguntó Anna, bostezando.

—Un palo largo con un cuchillo afilado insertado en el

extremo —respondió la otra chica—. Está en la buhardilla, al lado de las estanterías, colgado justo debajo del telescopio y el rifle.

—¿Tienes un rifle? —preguntó Anna, acercándose a su compañera e interesada de repente—. ¿Y balas?

—¡Tú corre y no preguntes más! ¿Entendido? —dijo Ellie, y Anna la miró con conformismo y echó a andar, encorvada, calle arriba.

Ellie saltó por encima del muro del rompeolas al otro lado. La muchedumbre contuvo un grito al verla aterrizar en el tejado de la capilla, tres metros más abajo.

—Pero ¿qué hace? —dijo una mujer.

Ellie extendió los brazos hacia los lados para recuperar el equilibrio y recorrió el tejado como una funambulista. La ballena tenía los ojos cerrados y los párpados arrugados como los de un anciano. Se arrodilló a su lado y tocó con delicadeza el costado del animal. Tenía la piel dura, cubierta de conchas blancas de moluscos y marcas zigzagueantes de tejido cicatrizado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz desde arriba.

Ellie levantó la vista y vio que el que acababa de hablar era un joven miembro de la guardia de la Ciudad que había conseguido abrirse paso entre el gentío, un chico desgarbado y de orejas grandes, con gorra negra y gabán azul marino.

—Hay una ballena en el tejado —le explicó una mujer.

—La chica ha saltado para verla de cerca —añadió otra.

—¿Qué? —dijo el guardia. Miró hacia abajo y vio enton-

ces a Ellie en el tejado—. Pero... pero ¿qué hace? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Vaya con cuidado, señorita! ¡La ballena la devorará!

—Las ballenas no comen personas —respondió Ellie con un suspiro.

Pero no la oyó nadie, porque todo el mundo estaba hablando a la vez.

De pronto, Ellie notó que el descomunal cuerpo se movía bajo su mano y que el animal respiraba con dificultad.

¡Estaba viva!

Ellie miró a su alrededor, preguntándose si habría alguna manera de devolver la ballena al agua. Cabía la posibilidad de que un barco tirara de ella en cuanto volviera a subir la marea, pero para eso faltaban aún muchas horas.

—Lo siento —le susurró—. Ojalá pudiera ayudarte.

Y mientras hablaba, le pareció escuchar un sonido débil procedente del interior del animal. Aunque con el clamor de la multitud era imposible estar segura del todo.

—¡Apártate de la ballena! —gritó el guardia, que parecía muerto de miedo e incapaz de bajar al tejado.

—¡Creo que tendrían que arrastrarla y sacarla de aquí!

—¡Que alguien llame a la Inquisición!

—¡Silencio, por favor, estoy intentando escuchar! —dijo Ellie.

—El sacerdote dijo una vez que las ballenas podían soltar fuego por la boca.

—¡Por favor! —gritó Ellie, pero nadie le prestó atención. Sacó entonces del bolsillo un objeto del tamaño de una

canica, envuelto en papel amarillento. Con un giro de muñeca lo lanzó hacia el rompeolas. Sonó un chasquido, se vio un destello de luz, y las gaviotas huyeron volando con un frenesí de gritos histéricos. La muchedumbre se apartó y la gente se protegió los ojos con la mano, sumida de repente en el silencio.

Ellie levantó el brazo.

—Escuchad —dijo.

Y la escucharon.

Y con el silencio, pudieron oír también un sonido que llegaba hasta ellos.

La ballena.

La ballena estaba cantando.

Una melodía triste y ondulante que reverberaba desde las profundidades de la criatura. Ellie conocía el canto de las ballenas, pero no lo había oído nunca fuera del agua. Siempre había pensado que formaba parte de su ritual de apareamiento, pero aquel espécimen moribundo también estaba cantando, y a saber para quién.

Todo el mundo se quedó escuchando con temor reverencial durante infinidad de minutos.

Hasta que la ballena abrió un ojo.

—Es increíble —musitó Ellie.

El ojo tenía el azul oscuro de un mar gélido. Y la miraba fijamente —Ellie podía jurarlo—; en ese momento, para ella no había más que aquella mirada y la canción. Y durante unos instantes maravillosos, todo el dolor que se apiñaba en su interior se esfumó.

La canción fue bajando de volumen, como si estuviera alejándose en el horizonte. El ojo se cerró. La cola dejó de moverse.

Y todo se quedó en silencio, incluso el mar.

—¡Ya lo tengo! —gritó triunfante Anna, abriéndose paso hasta el rompeolas y levantando el desollador por encima de la cabeza. La gente se iba volviendo para mirarla—. ¿Qué pasa?

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el guardia.

Ellie señaló el vientre de la ballena.

—Voy a abrirla, por la parte inferior. Así impediremos que se acumule gas dentro.

Ellie apoyó la herramienta en una de las muchas marcas que recorrían el vientre blanco de la ballena y presionó. La piel era dura y gruesa y pronto empezó a sudar por el esfuerzo. Finalmente, la hoja consiguió perforar la piel, y cuando se hundió en los órganos blandos del interior, Ellie casi pierde el equilibrio. El olor fétido que salió de la herida era impresionante, y la chica contuvo la respiración. Siguió moviendo el desollador adelante y atrás para cortar el costado de la criatura. La carne se abrió y emergieron las tripas moradas.

—¡Oooh, mira cuánta sangre! —exclamó Anna—. ¿Me dejas cortar un poco a mí?

—Apesta muchísimo —dijo Ellie—. Pero si te apetece... Lo único que te pido es que tengas...

Se interrumpió.

—¿Qué pasa, Anna? —preguntó.

Anna tenía las facciones paralizadas y la mirada fija de pura incredulidad.

—Santo cielo —dijo el guardia, llevándose la mano a la boca.

Hubo murmullos de confusión entre el gentío. Una anciana gritó. Y, sin saber el motivo, Ellie se dio cuenta de que no podía moverse.

Se quedó rígida. El desollador se le cayó de la mano. Bajó la vista.

Algo la había agarrado por el tobillo.

Algo huesudo y tembloroso, embadurnado de sangre.

Una mano que emergía del corte de la ballena.